ba de ciertas exterioridades, consideradas por algunos como actos de humildad, sin que lo sean, su máxima constante era: «Corazón limpio y cabeza derecha!» No le gustaban las cabezas bajas ni torcidas, puesto que no consiste en ello la virtud ni la humildad. Huía de toda singularidad y no gustaba que en cosa alguna le distinguiesen, por su gran fondo de virtud. Deseando las Hermanas poseer su retrato, no pudieron lograrlo nunca, estando sano. Para satisfacer tan justos deseos se valieron de la oportunidad del paso de una procesión, cuando ya estaba ciego, diciéadole a él que debía estar presente para dar más importancia al acto y adherirse en lo posible a la manifestación religiosa, para lucrar las indulgencias. Como era tan dócil y sumiso hizo cuanto le dijeron, con lo cual pudo verificarse lo que tanto anhelaban sus hijas espirituales: tener el retrato de su Padre.

No es posible detallar los distintos actos de humildad de que tantos ejemplos nos legó, pues andan mezclados con todos los actos de su vida, como se habrá observado en lo poco de ella, que referido queda.

CAPÍTULO XX

Devoción a la Santísima Virgen

Cuan grande fuera la devoción que el P. Coll profesaba a la Santísima Virgen, no es fácil adivinarlo. Puede decirse que durante toda su vida, la Virgen María fué el alma de sus amores (perdónese la expresión). Fué la devoción a esta celestial Señora, una especie de delirio en el Misionero y Apóstol del Santísimo Rosario. Podía decir con San Bernardo: «Árido es para mí todo alimento, »si no está condimentado con el aceite del »nombre de Jesús... Jesús es miel en la boca, »melodía en el oído, alegría en el corazón». El P. Coll sentía lo mismo, si no tropezaba a cada paso con la Virgen Santísima. Verdad es que en esto había tenido ilustres predecesores y grandes Santos en la Orden a que pertenecia, especialmente a nuestro Padre Santo Domingo. Tenía en María puestas todas sus esperanzas, después de Dios.

Habiendo caído enfermo de gravedad a raíz de la fundación de la Congregación, como en otra parte queda dicho, todos sus conocidos se alarmaron. No tardó la Santísima Virgen en calmar la justisima alarma del paciente y de cuantos se interesaban por la Congregación. Dirigiéndose a la Virgen con el cariño y ternura de hijo a su cariñosa Madre, alzando hacia ella los brazos, la pregunta y dice: «Qué hacéis ahora, Madre de Dios?» Queda desvanecida la enfermedad, y entra en franca convalecencia.

El P. Coll no se cansaba de recomendar el rezo del santo Rosario, lo que hacía con tanto fervor que conseguía no quedase familia sin que honrase a la Virgen con el rezo de tan santa oración.

Cuando iba de camino y veía alguna cruz o imagen de la Virgen se descubria y rezaba un Padre nuestro o Ave María. Lo mismo hacía cuando el reloj daba la hora; saludaba a la Virgen con el rezo del Ave María, y, si se trabajaba decía que se suspendiese el trabajo al tiempo de rezar. Cuando predicaba siempre inculcaba la devoción y confianza hacía la Virgen, con lo que conseguía mover los corazones más pervertidos y obstinados, valiéndose Dios de él para su conversión.

Nadie extrañará el fruto de sus sermones, pues predicaba más con el ejemplo que con la palabra. Antes de empezar la función, ya estaba él en la iglesia esperando empezase el Rosario, rezándolo con tal fervor y en voz tan sonora, que parecia resonaba en todo el templo. Así mismo lo rezaba cuando estaba enfermo, encargando y queriendo que de igual forma lo hiciesen las Hermanas, mostrando gran contento cuando veia que así se hacía.

A pesar de que parecia estaba siempre recogido, antes de empezar el rezo del santo Rosario, se recogía invocando la gracia de Dios, deteniéndose en esto un poco de tiempo; pues sin duda tenía presente aquella advertencia del Espíritu Santo: «Hijo, antes »de la oración prepara tu alma, y no seas »como aquel que tienta a Dios!» Este método observaba, a pesar de ser el santo Rosario, una contínua invocación; y por eso lejos de empezarlo de sopetón, como suele decirse, y con las decenas acostumbradas; le hacía preceder de una devotisima invocación, cuyo objeto principal era acercarse a Dios antes de pedirlo. Así lo enseñó a las Hermanas, y así lo recomendaba al pueblo, escribiendo para él el nunca bastante ponderado libro, devocionario. «La Hermosa Rosa», en él que, en oposición a la detestable costumbre de rezar o anunciar los misterios sin casi exponerlos, o hacerlo con brevisimas palabras, siendo ésta la causa de que el rezo del Rosario produzca escaso fruto, o ninguno, en los que lo rezan; antes de rezar la correspondiente decena, pone la meditación e invocación que le pertenece logrando así que, después de ilustrado el entendimiento y enamorada la voluntad, prorrumpa la lengua en el rezo del Padre nuestro y diez Ave-Marías; como podrá observar todo aquel que tome en sus manos «La Hermosa Rosa». De este modo el fervoroso P. Coll enseñaba al pueblo a orar, no como hacen algunos, por desgracia, sin orden ni concierto y a manera de fonógrafo, sino con las cuatro partes que el Apóstol quería, esto es: Acercarse a Dios, pedirle, exponerle los motivos de la petición y darle gracias.

Cuando enfermo iba siempre con el rosario en la mano, y en las diferentes oficinas de la casa que visitaba, rezaba en cada una de ellas varias jaculatorias y, por lo regular, las tres partes del rosario. En este punto parece que en sus últimos días había degenerado en costumbre; pues no solo se tranquilizaba rezando el rosario, sino que a veces, las Hermanas para distraerlo empezaban el rosario y hasta hacían con él apuestas sobre quien rezaría más: apuestas que él acepta-

ba inmediatamente, rezando maquinalmente, hasta que fatigado, le decían que él había ganado la apuesta, con lo que quedaba muy contento.

Al hablar de la Virgen y de nuestro Padre Santo Domingo hasta la faz del rostro cambiaba. ¿Qué recuerdos se le presentarían? En el cielo lo sabremos.

El Rdo. P. Pablo Comas, religioso de mucha virtud y tenido en mucha fama de santidad, contó a la Rdma. Madre General, que él había visto a nuestro P. Coll rezando el santo Rosario delante de un cuadro de la Santísima Virgen, y que, arrodillado como estaba, se levantó del suelo hasta llegar frente al cuadro de la Virgen, y así en alto, hincado como estaba, permaneció hasta haber terminado el rosario: besó la mano de la Virgen y bajó a la posición natural. El mencionado P. Pablo observó el caso desde la habitación o celda que él habitaba, que estaba en frente de la del P. Coll, en Barcelona (España).

Sería una ingratitud si a lo que se lleva dicho, de la devoción que a la Madre de Dios tenía el buen P. Coll, se omitiese lo que al escribir las Reglas para las primeras Hermanas, las decía en ellas al exhortarlas al rezo y devoción del santísimo Rosario.

«Vosotras, o benditas Hermanas, las decia, teneis un memorial hecho por Jesucristo, por el Arcángel San Gabriel y por la Iglesia nuestra Madre. Este perfectisimo memorial lo entregó la Virgen María a nuestro Padre Santo Domingo, para que por medio de él fuese alabado Dios nuestro Señor y se lograse la conversión de los pecadores. Este memorial es el santísimo Rosario de María, y ella lo presenta y pone en manos de nuestro Padre Celestial. Y, decidme, amadas Hermanas, que será lo que no alcanzaréis? Habrá gracia alguna que no logréis, ya para vosotras, va para los prójimos si presentáis como se debe, este perfectísimo memorial, el santisimo Rosario? Estoy cierto y seguro que no, si lo rezáis como corresponde, pues la misma Virgen lo ha asegurado. Rezadlo, rezadlo, con viva fé, con toda humildad, con todo fervor y atención posibles!» Más adelante añadia: «Lo que os encargo de un modo particular, oh benditas Hermanas, es que profeséis una cordial devoción a María Santisima. Si, si, amad a Maria, porque ella ama a los que la aman, y los que son solicitos en buscarla la hallarán. Tiene en su poder las riquezas, la gloria y la abundancia para enriquecer a los que le entregan su

corazón; esto es, a los que acuden a ella con una verdadera devoción y confianza». Rezadle el santo Rosario con devoción y hacedlo rezar a las niñas de igual manera; así vosotras y ellas iréis al cielo por toda la eternidad».

No eran estos encargos, simples consejos en el P. Coll, sino hechos que él diaria y constantemente practicaba, como es sabido, pues todas las Hermanas que lo conocían deponen que hacía cuanto aconsejaba y escribía.

CAPÍTULO XXI

Enfermedad del P. Coll

Dios, que prevé todo el porvenir de la criatura, ordena diversamente las penalidades para remedio y salvación del que padece, esto es, para que con ellas se aparte del pecado o no se ensoberbezca de las virtudes, y sobre todo, para que por la paciencia sea coronado.

El que había dotado al celoso Padre Coll de una robustez corporal a toda prueba, sin duda por no privar al mundo de sus útiles y santos servicios, no quiso exceptuarlo de las caricias con que suele festejar a sus leales hijos, pues, como es sabido, el bendito P. Coll, hijo legítimo de Dios, había celado durante toda su vida la gloria de su Eterno Padre y el culto de su Santísima Madre María; juzgándose, sin embargo, siervo enteramente inútil, a pesar de haber dado toda su vida, gallardas muestras y ejemplos de todas las virtudes religiosas, sacerdotales y apostólicas, respectivamente.

Nuevo Tobías de la ley de gracia, vivía absorto en las prácticas más sublimes de misericordia espirituales y corporales, cuando se vió privado de la vista, desde cuya época, puede decirse, que empezó la corona, con que debía aparacer coronado con las virtudes anejas a un martirio lento. Así sucedió en efecto.

Predicando el novenario de ánimas, el 2 de Diciembre de 1869, en la industrial villa de Sallent, patria de su íntimo amigo, el venerable P. Claret; habiéndose acostado sano y bueno, se encontró al levantarse completamente ciego, dándose cuenta de ello al ser llamado por el Sr. Cura, que extrañaba que, contra su costumbre, tardase tanto en levantarse. El ataque apoplético, causa de la ceguera, debió atacarle al estar dor-

mido, por lo que el Padre no se dió cuenta; solo sí extrañaba que tardara tanto en amanecer.

Parece natural que esta tribulación le había de ocasionar una gran sensación, tristeza y apocamiento, parecido al del anciano Tobías; sin embargo, júzguese del temple del alma del bendito P. Coll: quedó enteramente ciego y, ciego siguió predicando hasta el último día del Novenario, con admirable ejemplo de resignación y conformidad a la voluntad de Dios, a pesar de ser la ceguera una de las enfermedades que más afligen y que más tristeza dá.

Con los remedios que la ciencia aconseja para tales casos y las fervientes oraciones que en toda la Congregación se hicieron, se consiguió que el buen Fundador recobrara algún tanto la vista, hasta poder celebrar la Misa de la Virgen.

Otro ataque sintió el 17 de Enero de 1871 que le dejó más mal parado, siendo cada vez mayor el sacrificio. Pudo, sin embargo, volver a celebrar. El 6 de Febrero de 1872, más recio el ataque que se le presentó, le privó completamente de la vista e imposibilitó para celebrar. !Qué sacrificio para su alma! En 20 de Enero de 1873, fué el cuarto

ataque y le afectó, a ciertos intervalos, sus facultades mentales, con lo cual crecía el sacrificio. En Agosto de 1874 sintió otro ataque o recargo, y en Febrero de 1875 el último, en que se perdió toda esperanza de mejoría, que el tiempo confirmó.

Durante los tres años y cuarenta y nueve días primeros de su enfermedad, conservó, nuestro ilustre enfermo, perfectamente el uso de sus facultades intelectuales y gran parte de sus fuerzas físicas. Esto, por una parte, le servia de gran consuelo y por otra, le proporcionaba grandísimas angustias; no porque no estuviese enteramente conforme con la voluntad de Dios; sino porque le privaba de ejercitar su celo. Puede decirse que el P. Coll, quedó como un volcán, cuyo cráter se cierra de repente, ruge en las entrañas de la tierra, como lamentando su prisión; a pesar de que el ardor divino supera sin proporción todos los ardores humanos. Por eso el bendito Padre al verse sin libertad para comunicar ese ardor, sufria más violencia, que el volcán en las entrañas de la tierra. Por lo que el volcán de amor y celo que ardía en su pecho, no podía estar mucho tiempo sin dar ciertas erupciones y explosiones, que mostraban que no estaba apagado y que, aun, con la compresión se habían aumentado sus energías.

Estando en tan triste estado, ciego, no se contentaba, nuestro héroe, con dar saludables exhortaciones a las Hermanas, sino que visitaba las diferentes casas de la Congregación, hacía nuevas fundaciones, daba ejercicios espirituales, confesaba, predicaba novenarios, y sermones en diferentes iglesias y poblaciones, a los que asistía numerosa concurrencia al saber que predicaba el P. Coll; lo que hacía con tal energía, celo y unción que parecía encontrarse en sus mejores tiempos.

En la segunda época de su enfermedad o sea, desde el 20 de Enero de 1873 hasta su muerte, la vida del P. Coll fué enteramente contemplativa. Empezó a perder las energías físicas y se vió precisado a dar por completo de mano a todo el ministerio público. Como aquellas hogueras grandes, que después de apagado el fuego revientan en llamaradas, inflamado el combustible por el latente rescoldo; el P. Coll, daba de cuando en cuando, algunas llamaradas que le denunciaban Apóstol, Religioso y Fundador. Nada pudo observarse en él, que de cerca ni de lejos, tuviese aspecto de pecado; lo único que se

notaba, y por cierto con grande frecuencia, eran suspiros, lágrimas y llanto, producidos alternativamente, por sus meditaciones y por su estado apoplético. Los producidos por éste, eran completamente involuntarios y lo manifestaba él diciendo: «Aunque me vean »llorar, no se escandelicen ni hagan caso: »estoy tan conformado que, si Dios me dijera si quería otra cosa le diría: No».

Los producidos por aquellas, eran efecto de su amor a Dios, y de sus temores espirituales. Se confesaba todas las semanas, a veces más de una vez y comulgaba todos los los días.

Dios nuestro Señor, que lo había trocado en un niño, cuando de cosas materiales se trataba, le conservó todo el descernimiento espiritual, tanto que muchas Hermanas le consultaban y hasta se confesaban con él, siendo en el confesonario muy distinto que a fuera. Siempre se mostraba contento cuando le decían si podía confesar a alguna Hermana. A veces decía: «Para las Hermanas hasta la vida daría».

Lo que constituía su contento y embeleso constante, era el Rosario, que, como ya se dijo, lo tenía siempre en la mano, y decia a veces: «Este Rosario son mis libros y mi todo». Durante la noche, prorrumpía en grandes suspiros dándose, a la vez, fuertes golpes de pecho y pidiendo al Señor misericordia.

En esta situación se encontraba nuestro ejemplar P. Coll, cuando sonó la hora anunciada y predicha por él, en pleno estado de salud, de que debía ir al Hospital-Asilo de Sacerdotes, para morir en él. Dios quiso someterlo a la última prueba.

Los azares de la guerra, el ruído producido por las contínuas descargas y la intranquilidad grande que por aquella parte de la ciudad reinaba, afectaban al paciente, de manera que, a causa de su estado apoplético le causaban mucho miedo y tristeza. Poco alivio encontró en el cambio, puesto que, casi puede decirse, llevaba la causa consigo.

La translación fué bien sensible y dolorosa para los Superiores de la Congregación
y, en general, para todos los miembros de
ella, sobre todo al oir el llanto en que prorrumpió al darse cuenta que salía de la CasaMatriz, mezclado con él de la Rdma. Madre
General, Rosa Santaeugenia, a la cual
llamaba él con el nombre de María, por
habérsele olvidado el nombre a causa de la
enfermedad.

No se vaya a suponer que la Congregación fuese ingrata con su ilustre y querido Su muerte

Fundador: no hubo tal. Esta hizo todo cuanto humanamente pudo, no solo para aliviar su situación, sino para mejorarla durante el curso de su enfermedad: nada perdonó ni omitió de cuanto a ello conducía. Internado en dicha casa se le proporcionaba de la Casa-Madre todo cuanto necesitaba e iban todos los días a visitarle y a hacerle compañía algunas Hermanas, en especial la Rdma. Madre General, lo cual servia al pobre enfermo de mucho consuelo y satisfacción: de modo que no pasó día sin que fuese servido, visitado y agasajado por los moradores de la Casa-Matriz, incluso por el Capellán de la misma, el inolvidable Presbitero D. Joaquin Soler, el que podría ser honrado con el calificativo de cofundador de la Congregación, por lo mucho que en bien de ella y sus miembros trabajó. Se ve, por lo dicho, que la translación del Padre a la Casa-Asilo, fué obra de la Divina Providencia, que quiso servirse de los temores de unos y de malas inteligencias de otros, para acrisolar la virtud de su siervo, confirmar ciertos augurios y asemejarle a Jesús.

CAPÍTULO XXII

Sonó la hora marcada en los decretos eternos, para que el cuerpo del insigne P. Francisco Coll volviera al polvo, de donde había salido, y su alma, desatada de las ligaduras de la carne, voláse, como piadosamente se cree, al cielo, donde se saciará del amor divino y de contemplar a la Santísima Virgen María, que había sido siempre su encanto y delirio. Murió, pues, en la paz del Señor, el 2 de Abril del año 1875, fiesta de San Francisco de Paula, cuyo nombre él llevaba, primer viernes de mes, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús e infraoctava de Pascua, rodeado de varios Sacerdotes, a la edad de 63 años, lleno de méritos y virtudes, llorado de cuantos le conocían, especialmente de sus hijas espirituales, que, a pesar de haber tenido el consuelo de asistirle con filial cariño y solicitud asídua, durante su larga enfermedad, no pudieron menos de lamentar la irreparable pérdida, como lo demostró el llanto general de las que moraban en la Casa-Matriz y Noviciado, en los dos días que estuvo expuesto el cadáver de su Padre Fundador en su propia Capilla.

Allí era de ver el cariño respetuoso y santo que le profesaban, no solo las desconsoladas Hermanas, si que también el inmenso concurso, que continuamente rodeaba el lecho mortuorio: unos besándole las manos, otros la frente, quien haciéndole tocar los rosarios por sus manos y no faltó quien, a hurtadillas, cortase pedacitos de hábito y cabellos de su cabeza. Tanta era la fama de su santidad!!

La circunstancia de ser octava de Pascua hizo que sus funerales se celebrasen con color blanco como recordando el blanco hábito que tan dignamente había vestido, y al que tanto cariño profesaba, como hijo verdadero de nuestro Padre Santo Domingo.

Se dió sepultura a su cadáver en un nicho de la ciudad en el que descansaron los restos mortales hasta que, inaugurada la nueva iglesia de la Casa-Matriz, la piedad y cariño de sus agredecidas hijas espirituales quisieron tenerlos cabe a sí.

La traslación se hizo (el 21 de Diciembre del año 1888), en cuyo acto se puso nuevamente de manifiesto, la profunda veneración que se conservaba al recuerdo del P. Coll, por su santidad y favores recibidos,

En la iglesia de la Casa-Matriz al lado derecho, junto al altar del Beato Pedro Almató, esperan la resurrección general, los restos del Padre Francisco Coll, siendo visitados por las Hermanas que, con frecuencia acuden a postrarse cabe a ellos, en demanda de gracias, luces y favores; formándose, por lo tanto, toda la descendencia espiritual del inclito y admirado fundador Padre Francisco Coll, junto a sus venerandas relíquias.

CAPÍTULO XXIII

Favores recibidos

Con la relación de la muerte y entierro del bendito P. Coll, parece que debía terminar la breve y desaliñada reseña que antecede; pero he de confesar que no llenaría el fin principal que me propuse al dar comienzo a ellas si omitiese relatar algunos de los muchos favores que por su mediación se han obtenido y me quedaría algún remordimiento si no añadía un pequeño bosquejo de los mismos. Al efecto me limitaré a mencionar algunos referidos por las mismas personas que los obtuvieron, quedando por ello agradecidas y obligadas al buen P. Coll.